

# Presentación



El concilio Vaticano II ha sabido resaltar como nadie la excelencia de la Iglesia al declararla «sacramento universal de salvación» constituida como tal por Cristo resucitado. Está claro que el Sacramento primordial del Dios salvador es Jesucristo y está también claro que Jesús lleva a cabo su salvación escatológica, en primer lugar, en la Iglesia, a quien envió al Espíritu vivificador, y después, por medio de la Iglesia, en toda la humanidad:

«Porque Cristo, levantado en alto sobre la tierra, atrajo hacia Sí a todos los hombres (cf. *Jn* 12,32, gr.); resucitado de entre los muertos (cf. *Rom* 6,9) envió a su Espíritu vivificador sobre sus discípulos y por El constituyó a su Cuerpo que es la Iglesia, como Sacramento universal de salvación; estando sentado a la diestra del Padre, sin cesar actúa en el mundo para conducir a los hombres a su Iglesia y por Ella unirlos a Sí más estrechamente, y alimentándolos con su propio Cuerpo y Sangre hacerlos partícipes de su vida gloriosa.»

(*Lumen Gentium* 48)

Nunca acabaremos de ponderar como es debido los dones con que el Señor resucitado ha agraciado a su Iglesia. En realidad, habría que hablar sólo del Don del Espíritu, ya que con El nos ha sido regalado todo. Al igual que el Padre, cuando envió a su Hijo a hacerse hombre, nos lo dijo todo y se quedó «como mudo» (San Juan de la Cruz, *Subida al monte Carmelo*, libro 2, capítulo 22, n. 4); ahora, con el envío del Espíritu de la resu-

rrección de Jesús, el Padre y el Hijo se han quedado como mancos, sin poderse guardar ningún regalo más...

Además de mirar y de admirar a la Iglesia —y nunca lo haremos bastante— como a la Novia engalanada por el Señor glorioso, debemos atender también al comportamiento histórico a través de los siglos de esta Novia, cuyo vestido está tejido exclusivamente con dones de Jesús muerto y resucitado.

La historia de la Iglesia es la respuesta concreta de los cristianos a su Esposo y Señor. El que esta Iglesia sea más o menos «sacramento universal de salvación» depende ya de la historia de los cristianos. Por esto, es muy importante conocer cómo ha respondido la Iglesia en los diversos momentos de su historia, mostrar de qué manera concreta la Iglesia ha sido «sacramento universal de salvación».

Esta presentación de la Iglesia, sin embargo, no acostumbra a hacerse en la educación de la fe. De aquí el título de este número 96: «La Historia de la Iglesia o la cenicienta en la educación de la fe». En la Catequesis se suele descubrir el Misterio de la Iglesia, poner de manifiesto su relación con Jesucristo, que es el Sacramento primordial de Dios... De este modo los educandos en la fe se quedan boquiabiertos de admiración y de agradecimiento, pero apenas se sienten interpelados... ¡Hay tanta distancia entre Jesucristo y nosotros, miembros de la Iglesia!

Este número 96 de la revista SINITE estudia justamente la Historia de la Iglesia: los beneficios que derivan de su estudio, sus exigencias, el método adecuado de hacerlo asimilable a los catequizandos, el exilio que padece en los planes del mensaje cristiano en comparación con otras materias...

En un primer bloque («Un poco de historia»), se examina el puesto que la Historia de la Iglesia ha ocupado en el correr de siglos de la Catequesis y, más concretamente, en la programación española de la Religión Católica.